



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO.

**E**CHADO en la zanja, Stepan continuaba viendo ante sí el rostro amable, flaco y horrorizado de Marfa Semionovna y oía el sonido de su voz. «¿Puede hacerse eso?» le decía esa voz particular, ceceando. Y Stepan revivía cuanto le había sucedido con ella, y, sobrecogido de horror, cerraba los ojos, sacudía su cabeza melnuda, para desterrar de ella todos esos pensamientos y recuerdos. Libróse de éstos un momento; pero fueron substituidos primeramente por un espectro negro, luego por otros espectros negros, con ojos encarnados, todos los cuales gesticulaban y le decían lo mismo: Has acabado con ella, acaba contigo



mismo; de lo contrario no te dejaremos reposo.

Abría los ojos y veíala de nuevo y oía su voz. Sintió compasión hacia ella y repugnancia y horror de sí mismo. Volvía a cerrar los ojos, y otra vez se le presentaban la negras visiones.

Al día siguiente, a la caída de la tarde, levantóse y fué a una taberna. Apenas si tuvo fuerzas para arrastrarse hasta ella. Se puso a beber. Pero, por más que bebía, no llegaba la embriaguez. Estaba sentado ante la mesa, taciturno, y bebía vaso tras vaso.

Entró en la taberna un oficial de policía.

—¿Quién eres?—le preguntó.

—Soy el que ayer mató a todos en casa de los de Dobrotvoroff.

Atáronle, y después de tenerlo en la prevención, lleváronle a la capital. El director de la cárcel, al reconocer en él a su antiguo recluso alborotador, convertido en gran criminal, recibióle severamente.

—¡Guárdate de alborotar aquí!—gruñó el director, frunciendo las cejas y alargando el labio inferior. ¡Si noto la menor cosa, mandaré que te azoten hasta matarte! ¡No te escaparás de aquí!

—¿Para qué escaparme?—dijo Stepan, bajando la vista.—Yo mismo me he entregado.

—¡Ea! ¡Basta de discusiones! ¡Cuando te habla el jefe, tienes que mirar de de frente!—exclamó el director, dándole una puñada en la mandíbula.

En aquel momento, irguióse de nuevo ante Stepan la imagen de María, y oyó su voz. No escuchaba lo que el director de la cárcel le decía.

—¿Qué?—preguntó, sobreponiéndose al contacto del puño en el rostro.

—¡Bueno! ¡Vete! ¡No hay que disimular!

El director presumía barullo, jugarretas con otros presos, tentativas de evasión. Mas nada de esto sucedía. Cuando el vigilante inspeccionaba por la mirilla de su celda, o cuando miraba el director en persona, veían a Stepan sentado sobre un saco lleno de paja, con la cabeza apoyada en la mano, balbuciendo alguna cosa. Durante los interrogatorios ante el juez de instrucción, tampoco se parecía a los demás presos. Escuchaba distraídamente las preguntas, y cuando las entendía, respondía con sinceridad tanta que el juez, acostumbrado a luchar contra la habilidad y astucia de los criminales, sentía algo semejante a lo que se siente al levantar el pie ante un escalón que no existe.

Stepan expuso todos sus crímenes, hablando con las cejas fruncidas y los ojos fijos en un solo punto, con el tono más



natural, tono de negocios, procurando recordar todos los detalles. «Salí descalzo—decía Stepan, contando su primer asesinato;—me detuve en el vano de la puerta, y entonces le herí una vez. Cuando él agonizaba, herí a la mujer, etcétera.»

Al recorrer el fiscal las celdas de la cárcel y llegar a la de Stepan, preguntó si tenía alguna queja o si necesitaba algo. Stepan contestó que nada le hacía falta y que le trataban bien. Luego de caminar algunos pasos por el pestilente pasillo, detúvose el fiscal y preguntó al director de la cárcel, que le acompañaba, cómo se portaba el preso.

—No dejo de asombrarme—respondió el director, satisfecho de que Stepan ponderase la forma en que le trataban. —Es el segundo mes que está aquí y tiene una conducta ejemplar. Pero me temo que proyecte algo. Es hombre animoso y de fuerzas extraordinarias.

## II

Durante todo el primer mes de su permanencia en la cárcel, la misma visión torturaba sin tregua a Stepan. Veía la pared gris de su celda; oía los

ruidos de la prisión, el zumbido de la sala común situada encima de él, los pasos del centinela en el pasillo, el tic-tac del reloj, y, al mismo tiempo, veía a María, veía su dulce mirada que le venía en su primer encuentro en la calle; veía su cuello flaco, arrugado, que él cortó, y oía su voz enternecedora, lastimera, ceceante: «Perderás las almas de los otros y la tuya... ¿Puede hacerse eso?» Al punto, callaba la voz, y aparecían los negros espectros. Estas visiones se le presentaban indiferentemente, ya tuviera los ojos abiertos, ya cerrados. Si los cerraba, las visiones eran más nítidas. Cuando los abría, confundíanse éstas con la puerta, con los muros y desaparecían poco a poco. Pero al momento volvían a mostrarse y acercábasele por tres lados, gesticulando y diciendo: «¡Acaba! ¡acaba! Puede hacerse un nudo; puede uno quemarse.» Y Stepan se echaba a temblar y rezaba las oraciones que sabía, el Avemaría y el Padrenuestro. Al principio esto parecía aliviarlo. Al orar empezaba a hacer memoria de toda su vida. Recordaba a su padre, a su madre, el pueblo, el perro Lobo, a su abuelo, echado junto al fuego, los bancos por donde él se revolcaba de niño. Luego, se acordaba de las mozas y sus cantos, de los caballos que habían sido robados, y de



cómo cogieron al ladrón y lo mataron de una pedrada. Recordaba su primera detención, la salida de la cárcel; al hostelero grueso, a su mujer, al carretero, a los niños, y de nuevo acudía ella a su memoria. Entonces, lleno de horror, dejaba caer de los hombros el capote, saltaba abajo de su tabla y, cual animal enjaulado, echaba a andar de uno a otro extremo de la celda, dando una brusca media vuelta ante la pared húmeda y sucia. Y de nuevo rezaba; pero las oraciones no le aliviaban ya.

Una larga tarde de otoño, durante la cual el viento silbaba y rugía en las cañerías, sentóse Stepan en la tabla, seguro de que no tendría que luchar más, pues las negras visiones salían victoriosas, y no le quedaba más remedio que someterse a ellas. Llevaba ya mucho tiempo examinando atentamente la boca de calor de la estufa. «Si se pusiera alrededor una cuerdecita o una tira de tela, no resbalaría...» Pero habría que efectuarlo con maña. Y puso manos a la obra. Durante dos días estuvo preparando tiras con la tela del jergón en que dormía. (Cuando entraba el vigilante, Stepan tapaba la tabla con el capote). Unía las tiras con nudos y ponía dobles para que, sin romperse pudiesen sostener su cuerpo. En tanto que efectuaba tales preparativos, no

padeció. Una vez arreglado todo, hizo un nudo corredizo, introdujo en él el cuello, encaramóse luego a la cama y se colgó. Pero apenas empezaba a salir la lengua, se rompieron las tiras, y cayó Stepan. Al ruido, acudió el vigilante. Llamaron al enfermero, y Stepan fué conducido al hospital. Al día siguiente estaba restablecido del todo; sacáronle del hospital; mas, en vez de volver a encerrarlo en la celda, le colocaron en la sala común.

En ella vivió con los veinte presos que había, como si estuviera solo. No miraba a nadie; a nadie hablaba, y seguía atormentado. Lo que particularmente le apenaba era verla y oír su voz, cuando todos dormían y él no podía dormir, tras lo cual, reaparecían las lúgubres visiones, con sus horrorosos ojos, que le irritaban.

Como antes, volvía a rezar sus oraciones; pero, como antes también, no le aliviaban. Una vez, tras los rezos, apareciósele ella de nuevo. Entonces le rezó, rezó a su alma, para que le perdonase; y cuando por la mañana, dejándose caer en el jergón, se durmió profundamente, la vió en sueños, con el cuello flaco, arrugado, cortado.

—«¿Me perdonas?» Ella le miraba con ojos tiernos, pero sin responder. «¿Me perdonas?» Así la interrogó tres veces,



sin que ella contestase, y luego, se despertó. A partir de aquel momento, se sintió mejor. Parecía haber vencido. Miraba en derredor suyo, y por primera vez, se acercó a sus compañeros y habló con ellos.

## III

En la sala en donde se hallaba Stepan estaba Vassili, detenido otra vez por robo y condenado a la deportación. También se veía allí a Tchonieff, condenado a la misma pena. Vassili cantaba todo el tiempo con su buena voz o contaba sus aventuras a los compañeros. Tchonieff dedicábase a cualquier trabajo, remendaba trajes o ropa blanca, o bien leía el Evangelio y los Salmos.

Stepan preguntó a Tchonieff por qué era deportado, a lo cual contestó Tchonieff que le deportaban por causa de la verdadera ley de Jesucristo, porque los popes, embaucadores del espíritu, no pueden tolerar a los hombres que viven con arreglo al Evangelio, y los denunciaban. Entonces le preguntó Stepan en qué consistía la ley, y Tchonieff le explicó que la ley del Evangelio consiste:

en no rezar a los dioses fabricados por manos de los hombres, sino en adorar a Dios en espíritu y en verdad. Y le contó cómo, con ocasión del reparto de tierras, el sastre cojo le había enseñado esa religión verdadera.

—¡Bueno! ¿Y qué habrá para los malos actos?—preguntó Stepan.

—Todo lo dice el Evangelio.

Y Tchonieff empezó a leer. (S. Mateo XXV, 31-46):

«Cuando el Hijo del hombre venga a su gloria con todos los santos ángeles, se sentará en el trono de su gloria.

»Y todas las naciones estarán reunidas ante Él; y Él separará unos de otros, como un pastor separa las ovejas de los machos cabríos.

»Y colocará las ovejas a su derecha y los machos cabríos a la izquierda.

»Entonces, el Rey dirá a los que se hallen a su diestra: Venid, vosotros que sois benditos de mi Padre; poseed como herencia el reino que se os ha preparado desde la creación del mundo.

»Porque he tenido hambre, y me habéis dado de comer; he tenido sed, y me habéis dado de beber; y era extraño, y me habéis recogido.

»Estaba desnudo y me habéis vestido; estaba enfermo y me habéis visitado; he estado preso, y habéis venido a verme.



»Y los justos le responderán: ¿Cuándo te hemos visto padecer hambre, Señor, y te hemos dado de comer; o tener sed y te hemos dado de beber?

»¿Y cuándo te hemos visto extraño y te hemos recogido, o desnudo y te hemos vestido?

»¿O cuándo te hemos visto enfermo o en la cárcel y hemos ido a verte?

»Y el Rey, respondiendo, les dirá: En verdad os digo que cuando habéis hecho esas cosas a alguno de mis menores hermanos, me las habéis hecho a mí.

»Luego dirá á los que se hallen a su izquierda: ¡Apartaos de mí, malditos! e idos al fuego eterno, que está preparado para el demonio y sus ángeles;

»Porque tuve hambre y no me dísteis de comer; tuve sed y no me dísteis de beber;

»Yo era forastero y no me recogísteis; estaba desnudo y no me vestísteis; estaba enfermo y preso, y no me visitásteis.

»Y éstos, también le responderán: Señor: ¿cuándo te hemos visto tener hambre o sed, o ser forastero o estar enfermo o preso, y no te hemos asistido?

»Y Él les contestará: En verdad os digo, que cuando no lo habéis hecho a uno de los más pequeños, no me lo habéis hecho a mí.

»Y éstos se irán a las penas eternas; pero los justos irán a la vida eterna.»

Vassili, que estaba sentado en el suelo, al lado de Tchonieff y escuchaba la lectura, movió en señal de aprobación su hermosa cabeza.

—¡Es verdad! — dijo resueltamente. —Id, malditos, a las torturas eternas, vosotros que no habéis alimentado a nadie y no habéis hecho más que tragar. Así tiene que ser.—Lo he leído en Nicodemo—añadió, deseando vanagloriarse de lo que había leído.

—¿Y no serán perdonados?—preguntó Stepan, que había escuchado en silencio la lectura, bajando la melencua cabeza.

—Espera. Calla — dijo Tchonieff a Vassili, que no cesaba de decir que los ricos no han dado de comer a los peregrinos ni les han visitado en su prisión. — Espera — repitió Tchonieff, hojeando el Evangelio. Así que hubo encontrado el pasaje que buscaba, desarrugó la página con su manaza blanqueada por la cárcel, y leyó (S. Lucas XXIII, 32-43):

«Conducían también a otros dos hombres, que eran malhechores, para que muriesen con Él.

»Y cuando estuvieron en el lugar lla-



mado Calvario, lo crucificaron allí, y también a los malhechores, uno a su derecha y otro a su izquierda.

»Y Jesús decía: ¡Padre mío, perdónalos, que no saben lo que hacen! Luego, repartiéndose sus vestiduras, las echaron a suertes.

»El pueblo estaba allí y miraba. Y los notables se burlaban de Él con el pueblo, diciendo: Ya que ha salvado a los otros, sálvese a sí mismo si es el Cristo, el elegido de Dios.

»Insultábanle también los soldados, y, acercándose a Él, ofrecieronle vinagre.

»Y le decían: Si eres el rey de los judíos, sálvate a tí mismo.

»Y encima de su cabeza, había esta inscripción en griego, latín y hebreo: Este es el rey de los judíos.

»Uno de los malhechores que estaban crucificando le insultaba igualmente, diciendo: Si eres Cristo, sálvate a tí mismo y sálvanos a nosotros.

»Pero el otro le reprendió, diciendo: ¿No temes a Dios, estando condenado al mismo suplicio?

»Y eso que nosotros lo estamos justamente, pues purgamos lo que nuestros crímenes merecen; pero Éste no ha hecho mal alguno.

»Luego, decía a Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando hayas entrado en tu reino.

»Y Jesús le respondió: En verdad, en verdad te digo que hoy serás conmigo, en el Paraíso.»

Nada había dicho Stepan. Continuaba sentado, pensativo, como si escuchase; pero no oía ya lo que leía Tchonieff.

«Entonces, he aquí en lo que consiste la verdadera religión. Sólo se salvarán los que hayan dado de comer a los pobres, visitado a los prisioneros; y los que no hayan hecho esto, irán al infierno. Y, no obstante, el ladrón no se arrepintió hasta estar en la cruz, y fué, sin embargo, al Paraíso.» Stepan no veía en eso ninguna contradicción; antes bien, lo uno confirmaba lo otro. Los buenos irán al Paraíso; los malos al infierno: esto significaba que todos deben ser buenos. Cristo perdonó al bandido: esto quería decir que Cristo era bueno. Todo ello era enteramente nuevo para Stepan. Pero se extrañaba de que todo aquello hubiera permanecido hasta entonces oculto para él. Y todo el tiempo que tenía libre, pasábalo con Tchonieff, interrogándole y escuchándole. Se le revelaba el sentido general de toda la doctrina, y consistía en esto: que los hombres son hermanos, que deben amarse entre sí y apiadarse unos de otros, y que así todo irá bien. Al escuchar a Tchonieff, asimilábase, cual si



fuera algo conocido, pero olvidado, todo cuanto confirmaba la significación general de aquella doctrina, y pasaba por alto lo que no la confirmaba, atribuyendo esto a su falta de comprensión. Y desde entonces, Stepan tornóse otro.

## IV

Aunque antes era ya muy pacífico, Stepan Pelaguschkine asombraba últimamente al director, a los vigilantes y a sus compañeros por la variación en él operada. Sin que se lo ordenaran, y aun antes de tocarle el turno, encargábase de los trabajos más penosos, entre otros, de vaciar el cubo. A pesar de esa humildad, los compañeros le respetaban y temían, porque conocían su valor y su gran fuerza física, sobre todo desde una aventura con dos vagabundos que le habían atacado, y de los cuales se libró rompiendo a uno un brazo. Esos vagabundos estaban entendidos para hacer trampas jugando a naipes, a fin de despojar a un joven preso que tenía dinero. Y, en efecto, lo despojaron. Stepan intervino en su favor y quitó a los vagabundos el dinero que habían ganado al otro. Éstos empezaron

a insultarle; mas él derribó a entrambos. Como el director ordenase una inquisición para averiguar la causa de la pelea, los vagabundos dijeron que Pelaguschkine fué quien empezó a pegarles. Stepan no se defendió y aceptó dócilmente el castigo que le infligieron: tres días de calabozo y el traslado a la celda.

La celda le era penosa, porque le separaba de Tchonieff y del Evangelio, y sobre todo, porque temía la vuelta de los lúgubres espectros. Pero no tuvo visiones. Toda su alma estaba impregnada de un sentimiento nuevo, alegre. Si hubiera podido leer el Evangelio, se hubiese alegrado de su aislamiento.

Ya se lo hubieran dado; pero no sabía leer.

De niño, había empezado a aprender la lectura según el método antiguo; pero por falta de capacidad, no pasó del alfabeto y nunca pudo comprender la formación de las sílabas; por lo cual se quedó sin saber leer. Ahora resolvió aprenderlo y pidió el Evangelio al vigilante. Este se lo llevó, y Stepan empezó a trabajar. Reconoció los caracteres; pero le era imposible componer las sílabas. Por más que se devanaba los sesos para aprender cómo las letras componen palabras, nada conseguía. No dormía en toda la noche. Ya no quería co-



mer, y por la influencia de la angustia le invadió tal cantidad de piojos, que no podía librarse de ellos por más que se rascaba.

—¡Cómo!—le preguntó una vez el vigilante.—¿No adelantas?

—No.

—¿Sabes el Padrenuestro?

—Sí.

—Si lo sabes, léelo, aquí está.

Y el vigilante le indicó en el Evangelio el pasaje que contenía esa oración.

Stepan comenzó a leer, comparando las letras que conocía con los sonidos que también sabía.

Y de pronto, le fué revelado el misterio de la composición de las sílabas, y empezó a leer. Grande fué su alegría. Dedicóse luego a leer, y el sentido, que poco a poco iba desprendiéndose de las palabras difícilmente comprendidas, tenía para él una importancia mucho mayor aún.

Ya no le pesaba la soledad, sino que le regocijaba, y se vió contrariado cuando le trasladaron otra vez a la sala común, por necesitar su celda para unos presos políticos que acababan de ser conducidos.

V

Ya no era Tchonieff quien leía en la sala el Evangelio, sino Stepan. Entre los prisioneros, unos cantaban coplas obscenas; otros escuchaban la lectura y sus conversaciones sobre lo que había leído. Particularmente había dos que le escuchaban siempre en silencio y con atención: un forzado, asesino empleado como verdugo, llamado Makhorkine, y Vassili, preso por robo, que estaba allí esperando el juicio. Desde su entrada en la cárcel, Makhorkine había desempeñado dos veces las funciones de verdugo, por no haberse encontrado a nadie para ejecutar las sentencias de los jueces. Los aldeanos que mataron a Piotr Nicolaievitch fueron juzgados en consejo de guerra y condenados a la horca.

Makhorkine fué enviado a Penza para desempeñar sus funciones. Antes, en semejante caso, escribía al momento—leía y escribía muy bien—una instancia al gobernador, explicándole que, enviado a Penza para cumplir un deber, solicitaba que se le diera el dinero que le correspondía para sus dietas. Pero, esta



vez, con gran asombro del director de la cárcel, declaró que no iría y que no volvería a desempeñar el cargo de verdugo.

—¿Te olvidas de que hay palos?— exclamó el director.

—¡Bueno! ¡Y qué! ¿Palos? ¡Conforme! Pero no existe ninguna ley para matar.

—¡Hola! ¿Eso te ha enseñado Pelaguschkine? ¡Conque has encontrado un profeta en la cárcel! ¡Ten cuidado!

## VI

Durante ese tiempo, Makhine, el estudiante que enseñó a su compañero a falsificar un cupón, había terminado sus estudios en el liceo y en la facultad de Derecho. Gracias a sus triunfos con las mujeres, sobre todo con la antigua amante de un anciano auxiliar del ministro, fué nombrado juez de instrucción, siendo aún muy joven. Makhine era hombre sin probidad, lleno de deudas, jugador y seductor de mujeres; pero hábil, inteligente, activo, y sabía manejar bien las causas. Era juez de instrucción del distrito en que se juzgaba a Stepan. Ya en el primer interrogatorio llamóle éste la atención por sus

respuestas sencillas, verídicas y tranquilas. Makhine columbraba confusamente que aquel hombre encadenado que ante sí tenía, conducido y vigilado por dos soldados que se lo volverían a llevar para ponerlo entre cerrojos, estaba moralmente libre del todo y muy por cima de él. Por esta razón, estimulábase sin cesar, al interrogarle, para no turbarse ni embrollarse. Lo que más le chocaba era que Stepan hablaba de sus crímenes como de cosas mucho tiempo atrás acaecidas y no perpetradas por él, sino por otro cualquiera.

—¿Y no te apiadabas de ellos?— preguntó Makhine.

—No es piedad... Yo entonces no comprendía...

—¿Y ahora?

Stepan sonrió tristemente.

—Ahora, no lo haría, aunque me quemasen a fuego lento.

—¿Por qué?

—Porque comprendo que todos los hombres son hermanos.

—¿Cómo? ¿Acaso soy yo también tu hermano?

—Indudablemente.

—¿Luego soy tu hermano y te condeno a presidio? ¿Cómo es eso?

—Por ignorancia.

—¿Qué es, pues, lo que ignoro?

—Si usted juzga, no comprende.



—Pues bien, continuemos... ¿Adónde fuiste después?

Extrañaba particularmente a Makhine lo que le había dicho el director, respecto de la influencia de Pelaguschkine sobre el verdugo Makhorkine, quien, a pesar de ser amenazado con castigos, renunció a desempeñar sus funciones.

## VII

En una velada en casa de los Eropkine, había dos muchachas, buenos partidos, cortejadas ambas por Makhine. Después de una sesión de canto, Makhine, que acaba de sobresalir, pues era buen músico y acompañaba al piano cantando la segunda voz, empezó a narrar fidelísimamente y con gran número de detalles—tenía una memoria magnífica,—la historia de un criminal raro que había convertido al verdugo. Makhine se acordaba y describía tan bien, porque era siempre indiferente para con las personas con quienes tenía que habérselas. No penetraba ni sabía penetrar el estado de ánimo de los demás hombres. De ahí el que pudiera recordar muy bien todo cuanto hacían y decían. Pero Pelaguschkine le interesaba.

Aunque Makhine no había sondeado el alma de Stepan, dirigiase involuntariamente esta pregunta: «¿Qué sucede en él?» No hallaba respuesta; mas presentía que se trataba de algo interesante. En aquella tertulia, contó toda la historia de la conversión del verdugo y las manifestaciones del director referentes a la extraña conducta de Pelaguschkine, a la lectura del Evangelio y a la grande influencia que ejercía en sus compañeros.

Todos escuchaban con interés lo que Makhine decía; pero la más intrigada era la hija menor de los Eropkine, Lisa, joven de diez y ocho años recién salida del colegio, que acababa de percatarse de la estrechez y falsedad del medio en que había crecido, y la cual parecía aspirar ávidamente el aire fresco de la vida, como acontece cuando se sale del agua. Interrogó detalladamente a Makhine, queriendo saber cómo y por qué se había producido en Pelaguschkine semejante transformación. Makhine le contó lo que, por el oficial de policía, sabía acerca de los últimos crímenes de Pelaguschkine, y lo que este mismo le había dicho de ellos: que la dulzura, la resignación, el valor frente a la muerte, de aquella mujer bonísima, su última víctima, le habían abierto los ojos, y que luego, la lectura del Evangelio completó esa obra.



Aquella noche, Lisa tardó mucho en poder dormir. Hacía varios meses que se efectuaba en ella la lucha entre la vida mundana a que su hermana la arrastraba, y su amor por Makhine, unido al deseo de corregir a éste. Al fin, venció este último sentimiento. Ya había oído hablar de la muerta; pero ahora, tras esa muerte horrible que le contó Makhine según las palabras de Pelaguschkine, y después de tener detalles de María Semionovna, preocupábase cuanto de ella sabía. Lisa deseaba ardientemente parecersele. Era rica y temía que Makhine la cortejase por el dinero. Decidió distribuir cuanto poseía, y habló de ello a Makhine. Éste, satisfecho por tener ocasión de demostrar su desinterés, dijo a Lisa que la amaba; pero no por su dinero, y hasta le enterneció tan generosa resolución. Empezó para Lisa la lucha con su madre, que no le permitía ceder su hacienda. Makhine ayudaba a Lisa, y cuanto más procedía así, tanto más iba comprendiendo un mundo que hasta entonces fué extraño para él: el mundo de las aspiraciones morales, que veía en Lisa.

## VIII

Reinaba silencio en la sala. Stepan, acostado en su sitio, no dormía aún. Acercósele Vassili, le tiró de la pierna y le hizo una seña para que se levantara y fuese con él. Stepan bajó de su tabla y se acercó a Vassili.

—Vamos, hermano—le dijo Vassili,—trabaja un poco, ayúdame...

—¿A qué?

—Mira... Voy a evadirme.

Vassili confió a Stepan que tenía preparada su evasión.

—Mañana—los excitaré al desorden—dijo, indicando a los presos acostados.—Dirán que he sido yo; me trasladarán arriba, y una vez allí, ya sé como arreglármelas. Pero, procúrame la nariz del picaporte del depósito mortuario.

—Eso puede hacerse. Pero ¿adónde irás?

—Pues seguiré mi camino... Bastantes gentes malas hay.

—Así es, hermano; mas no nos toca a nosotros juzgarlas.

—¡Cómo! ¿Soy yo por ventura asesino? Aun no he perdido una sola alma. Además, ¿qué hay de malo en esto? ¿No roban ellos a los infelices?



—Cuenta suya es, y de ello tendrán que responder.

—¿A qué tenerles miramientos? Yo he saqueado una iglesia, ¿qué tiene esto de particular? Ahora haré otro tanto. No voy a robar una tienda cualquiera; lo que quiero robar es el dinero del tesoro, para distribuirlo a las gentes buenas.

En ese instante, incorporóse un preso y aguzó el oído. Vassili y Stepan se separaron. El día siguiente, ejecutó Vassili su proyecto. Empezó por quejarse de que el pan no estaba suficientemente cocido. Excitó a todos los presos, los cuales pidieron permiso para quejarse al director. Vino el director de la cárcel, insultó a todos ellos y, enterado de que Vassili era el instigador de la protesta, ordenó que lo trasladasen a una celda del piso superior; que es lo que Vassili deseaba.

## IX

Vassili conocía la celda adonde lo llevaron. Conocía muy bien el suelo, y en cuanto lo encerraron, empezó a desunir las tablas del piso. Así que hubo practicado un boquete suficientemente largo

para pasar por él, abrióse también paso por el techo de la sala que tenía debajo, y que era el depósito mortuorio. En la mesa del depósito había aquel día un cadáver. En el mismo local había igualmente sacos para hierba. Vassili estaba enterado de este detalle y contaba con los sacos. Sacó la nariz de la puerta, salió por esta y pasó a las letrinas en construcción. Al extremo del pasillo, había en esas letrinas un hueco que iba del tercer piso a la bodega. Vassili encontró a tientas la puerta y volvió al depósito mortuorio, quitó la mortaja al cadáver ya frío (al levantar la mortaja le tocó la mano), cogió los sacos, ató unos a los extremos de otros para formar una cuerda y la llevó a las letrinas. Allí ató la cuerda a una viga y bajó. La cuerda no llegaba al suelo. Él ignoraba si le faltaba mucho o poco para llegar; pero no podía hacer otra cosa. Suspendióse y saltó. Lastimóse las piernas; no obstante, podía andar. En la bodega había dos ventanas lo bastante anchas para poder pasar por ellas; pero estaban enrejadas. Había que arrancar los barrotes de hierro. Pero ¿con qué? Vassili empezó a registrar los sótanos. En ellos había tablas. Encontró una puntiaguda, y trabajó para separar los ladrillos en que estaban incrustados los barrotes. Laboró largo rato. Ya cantaba el gallo



por segunda vez, y los barrotes seguían encajados. Al fin cedió un lado. Vassili introdujo la tabla, empujó, y se desprendió la reja, al tiempo que caía ruidosamente un ladrillo. Vassili permaneció inmóvil, por si el centinela había oído el ruido. Todo estaba tranquilo. Vassili se encaramó a la ventana. Para fugarse, tenía que escalar la tapia. En un rincón del patio había un edificio. Volvió Vassili a los sótanos. Pronto reapareció con una tabla en la mano y escuchó los pasos del centinela. Éste, como Vassili presumía, caminaba por el otro lado del patio. Acercóse Vassili al edificio, se apoyó contra la tabla e intentó el escaló. Pero resbaló la tabla y Vassili cayó. Llevaba calcetines, y se los quitó para agarrarse con los pies. De nuevo se apoyó contra la tabla, saltó y asió el canal. «¡Gran Dios! ¡Con tal de que esto no caiga!» Trepa a lo largo de la canal y al fin pone la rodilla en el tejado. El centinela se acerca. Acuéstase Vassili, y aquél no le ve, se marcha, y el otro salta. Cruje bajo sus pies el hierro viejo. Da un paso más, luego otro y ya llega al muro. Puede tocarlo con la mano. Tiende ambas manos, y se pone en el muro. ¡Con tal que no se mate al bajar! Vassili se cuelga de las manos, se estira, suelta una mano, luego la otra... «¡Ah! ¡Gran Dios!» Ya está en tierra. Y la tie-

rra es blanda. Tiene Vassili las piernas indemnes, y huye. En el arrabal, Melania le abre la puerta, y acuéstase él bajo la cálida colcha fabricada de retales.

## X

La mujer de Piotr Nikolaievitch, alta, bella, sosegada, gruesa cual vaca estéril, había visto por la ventana cómo mataron a su marido y arrastraron su cuerpo por el campo. El sentimiento de horror que a la vista del crimen sufrió Natalia Ivanovna (así se llamaba la viuda de Piotr Nikolaievitch) era tan intenso que, como sucede siempre, ahogaba en ella cualquier otro sentimiento. Pero, así que la turbamulta hubo desaparecido detrás de la valla del jardín, una vez que se hubo calmado el zumbido de las voces, y que Melania, la joven que les servía, acudió descalza, con los ojos muy abiertos, y contó, como si se tratara de una buena noticia, que habían matado a Piotr Nikolaievitch y arrojado su cuerpo al barranco, del primer sentimiento experimentado por Natalia empezó a desprenderse otro: el de la alegría de verse libre de un déspota



de ojos ocultos tras de quevedos negros, que la había atormentado por espacio de diez y nueve años. Ella misma se horrorizaba de ese sentimiento y no se atrevía a confesárselo a sí misma, y menos aún a confiarlo a nadie.

Al amortajar aquel cuerpo amarillo, velludo, deformado, y al ponerlo en el ataúd, Natalia, horrorizada, sollozó y lloró. Cuando vino el juez de instrucción y la interrogó como testigo, vió en el despacho del juez a dos aldeanos encadenados, reconocidos como principales culpables. Uno de ellos era un anciano de barba larga y rizada y rostro bello, tranquilo, severo. El otro no era viejo, tenía tipo gitano, con ojos negros, brillantes y cabellos ensortijados y en desorden.

Natalia Ivanovna declaró lo que sabía. En aquellos hombres reconoció a los primeros que asieron por los brazos a Piotr Nikolaievitch. Y, aunque el campesino que parecía zíngaro, le dijese, en son de reproche, con los ojos brillantes y las cejas en movimiento: «Eso es pecado, señora; le llegará a usted la hora de la muerte», ella no tuvo piedad alguna. Al contrario, durante la instrucción, despertó en ella un sentimiento hostil, y a la par el deseo de vengarse de los asesinos de su esposo.

Pero, un mes más tarde, cuando la

causa, incoada por el tribunal militar, terminó con un veredicto que condenaba a ocho hombres a trabajos forzados, y a dos—el anciano de la barba blanca y el zíngaro moreno (que así le llamaban)—a la horca, sintió Natalia algo desagradable. Mas ese malestar moral, no tardó en desaparecer ante la solemnidad de la audiencia del tribunal. Si la autoridad superior reconoce que debe ser así, bien está.

La ejecución había de efectuarse en la aldea. El domingo, al volver de misa Melania con traje y calzado nuevos, dijo a su ama que estaban levantando los patibulos; que se esperaba para el miércoles a un verdugo de Moscou, y que las familias de los condenados no dejaban de prorrumpir en sollozos que se oían de toda la aldea.

Natalia Ivanovna no salió de casa, para no ver el cadalso ni a las gentes. Sólo deseaba una cosa: que cuanto debiera suceder, terminase lo antes posible. No pensaba más que en sí misma, y en modo alguno en los condenados y sus familias. El martes, recibió Natalia Ivanovna la visita de un oficial de policía rural, a quien ella conocía. Natalia mandó que le sirvieran aguardiente y setas escabechadas preparadas por ella. Después de haber bebido y comido, manifestóle el oficial que tampoco



se efectuaría el día siguiente la ejecución.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Es cosa extraordinaria. No ha podido encontrarse verdugo. Había uno en Moscou; pero, según me ha dicho mi hijo, aquél, después de leer el Evangelio, ha declarado que no puede matar. Él mismo está condenado a trabajos forzados, por asesinato, y he aquí que, ahora, de pronto, dice que no puede matar, cuando la ley le ordena hacerlo. Le han amenazado con azotarlo, a lo que ha respondido: «Azotad; yo no puedo».

Natalia Ivanovna sonrojóse repentinamente y hasta empezó a sudar.

—¿No se podría ya perdonarlos?

—¡Perdonarlos, cuando están condenados por el tribunal! Sólo el czar puede perdonar.

—¿Y cómo lo sabrá el czar?

—Hay derecho a pedir indulto.

—Pero los ejecutan por causa mía— dijo la necia Natalia Ivanovna.—Y yo los perdono.

Sonrióse el oficial de policía.

—Pues bien, solicítelo.

—¿Puede ser eso?

—Desde luego.

—Es que ya no hay tiempo.

—Puede expedirse un telegrama.

—¿Al czar?

—¿Por qué no? Sí, puede enviarse un telegrama al czar.

La noticia de que el verdugo se había negado a matar y que estaba dispuesto a padecer antes que hacerlo, transformó de súbito el alma de Natalia Ivanovna, y desarrollábase y se apoderaba de ella el sentimiento de piedad y de horror que ya había querido aparecer varias veces.

—Amigo Felipe Vassilievitch, escríbame ese telegrama. Quiero pedir gracia al czar.

El oficial de policía movió la cabeza.

—¿No tendremos algún disgusto?

—Yo soy la responsable. No hablaré de usted para nada.

«¡Qué buena mujer!—pensaba el policía.— ¡Buena mujer! Si la mía fuera como ella, no sucedería lo que ahora; y mi casa sería un paraíso.»

El oficial redactó el telegrama para el emperador. Estaba concebido en estos términos:

«A Su Majestad Imperial. La súbdita de Vuestra Majestad Imperial, viuda del asesor de colegio Piotr Nikolaievitch Sventizky, muerto por los aldeanos, se postra a los augustos pies de Vuestra Majestad (este pasaje del telegrama gustaba particularmente al oficial de policía que lo escribía) y le suplica que indulte a los condenados a muerte, los al-



deanos tales, del gobierno de... distrito de...»

El mismo oficial expidió el telegrama; y la alegría volvió al alma de Nalalia Ivanovna. Antojábasele que si ella, viuda de la víctima, perdonaba y pedía gracia, el czar no podría dejar de perdonar.

## XI

Lisa Eropkine continuaba viviendo en perpetuo estado de entusiasmo. Cuanto más avanzaba en el camino de la vida cristiana, que iba revelándose en ella, tanto más adquiría la certeza de que ese camino era el verdadero y tanto más contenta estaba su alma.

Ahora sólo perseguía dos fines: el primero, convertir a Makhine o, más bien, como ella se decía, volverlo a su natural bello y bueno. Lo amaba, y a la luz de su amor, descubría lo que había de divino en el alma de Makhine y que es común a todos los hombres; pero en ese principio de vida común a todos los hombres, veía ella la ternura, la elevación y la bondad propias de él exclusivamente. Su otro fin era dejar de ser rica. Quería despojarse de todos sus bie-

nes para probar a Makhine, y además, siguiendo las palabras del Evangelio deseaba hacerlo por ella, por su alma.

Empezó por distribuir lo que poseía. Pero se opuso a ello su padre, y más aún que su padre, la multitud de pedigrüños que solía llegarse a ella personalmente o por escrito. Entonces decidió ver a un fraile reputado por la santidad de su vida, para suplicarle que aceptase su dinero y procediese como mejor le pareciera. Al saber esto, enfadóse el padre, la trató de loca, de desequilibrada, y le dijo que adoptaría medidas para defender a semejante perturbada, contra sí misma.

El tono de enfado e irritación del padre se transmitió a ella; y antes de poder sobreponerse, echó a llorar malamente y a decirle muchas cosas mortificantes, tratándole de déspota y de avaro.

Pidió luego perdón al padre. Este le dijo que no estaba incomodado; mas ella le veía ofendido y notaba que en el fondo de su alma, no la perdonaba. No quería Lisa contar la cosa a Makhine. Su hermana estaba celosa porque Makhine se había apartado de ella. Así es que Lisa no tenía a quien confiar lo que sentía ni a quien poder exponer sus pesares.

«Hay que arrepentirse ante Dios», pensaba, y como corría la cuaresma, re-



solvió practicar sus devociones, decirlo todo a su confesor y pedirle consejo acerca del modo en que debía proceder.

No lejos del pueblo alzabase el convento en donde residía el anciano conocido por la santidad de su vida, por sus sermones, sus predicciones y las curas que se le atribuían. El anciano había recibido una carta de Eropkine, avisándole la visita de su hija y su estado de excitación anormal, y expresándole la seguridad de que sabría mostrarle la verdadera senda de la buena vida cristiana, sin destruir las condiciones existentes.

Fatigado de las visitas, recibió el anciano a Lisa y empezó a aconsejarle tranquilamente moderación, sumisión a sus padres y a las condiciones existentes. Lisa callaba, se sonrojaba, sudaba, y así que él hubo concluído, ella, con los ojos bañados en llanto, comenzó a hacerle observar, con timidez al principio, que Cristo, dijo: Abandona a tu padre y a tu madre, y sígueme. Luego, animándose cada vez más, le explicó cómo comprendía ella a Cristo. El anciano objetó primeramente las frases de rúbrica, con ligera sonrisa; mas luego, calló, y suspiraba, repitiendo sin cesar: «¡Dios mío!»

—Pues bien, ven mañana a confesar-

te—le dijo al fin, bendiciéndola con sus rugosas manos.

Al día siguiente se confesó Lisa, y el fraile la dejó marcharse sin recomenzar la conversación de la víspera; pero negándose a encargarse de distribuir sus bienes.

La pureza, la absoluta abnegación ante la voluntad de Dios y el ardor de la joven conmovieron al anciano. Tiempo hacía que éste quería renunciar al mundo; pero el convento le exigía su actividad, pues esta actividad producía al convento, rentas. Y él consentía, aunque sintiera vagamente toda la falsedad de su situación. Se le creía santo, taurmaturgo, y no era más que un hombre débil, arrastrado por los triunfos. Pero al revelársele el alma de aquella joven, revelósele también la suya propia. Percatóse de que distaba mucho de ser lo que ser quería y de aquello a que su corazón le impulsaba. Poco después de la visita de Lisa, encerróse en la celda y no fué a la iglesia hasta pasadas tres semanas. Oyó misa; luego, predicó un sermón, en el cual se denunciaba él mismo, denunciaba los pecados del mundo y llamábalo al arrepentimiento. Predicaba cada quince días, y a sus sermones acudía una multitud cada vez mayor. Su gloria de predicador se esparcía más y más. Sus sermones tenían



algo particular, atrevido, sincero; por eso ejercía tan grande influencia en los hombres.

## XII

Entretanto, Vassili logró lo que se había propuesto. Durante la noche, penetró con unos compañeros en casa de un comerciante llamado Krasnopouzoff. Sabía que éste era avaro y libertino. Fracturó la caja y se apoderó del dinero, treinta mil rublos, que distribuyó en la forma que había dicho. Y hasta dejó de beber, y daba dinero para las bodas de novios pobres, y pagaba deudas. A su vez, se ocultaba, y no tenía más que una preocupación: repartir bien el dinero. Untaba también a la policía, y no le molestaban.

Se le regocijaba el corazón. No obstante, acabaron por aprehenderlo. Entonces, vanaglorióse ante el tribunal, de haber robado el dinero al necio de Krasnopouzoff, que lo empleaba pésimamente y hasta ignoraba lo que poseía, en tanto que él puso ese dinero en circulación y socorrió con él a gentes honradas.

Con el mismo buen humor fué hecha

su defensa; de manera que los jurados estuvieron a punto de absolverlo. Condenáronle a una pena muy ligera. Vassili dió las gracias, y anunció que se fugaría.

## XIII

Ningún efecto produjo el telegrama que envió al czar la señora de Sventizky. En la comisión de indultos, resolvieron primeramente no mencionarlo siquiera al czar. Pero, como durante el almuerzo del emperador, recayera la conversación sobre el proceso Sventizky, el Presidente de la Comisión de indultos, que casualmente comía con el czar, habló del telegrama de la viuda de la víctima.

—Eso está muy bien por parte de ella—dijo una dama perteneciente a la familia imperial.

Mas el emperador, encogiéndose de hombros, dijo: «La ley,» y alargó una copa, en la cual echó vino de Mosela un criado. Todos parecieron maravillados por la cordura de las palabras que pronunció el emperador, y no volvió a mentarse el telegrama.

Los dos campesinos, el joven y el vie-



jo, fueron ahorcados, habiendo sido llamado para ejecutarlos un verdugo de Kazan, un tártaro, asesino terrible, que había tenido comercio con animales.

La vieja quiso vestir el cuerpo de su marido con camisa y calzones blancos, pero no se lo permitieron; y ambos cadáveres fueron sepultados en la misma fosa, tras la valla del cementerio.

—La princesa Sofía Vladimirovna me ha hablado de un predicador extraordinario—dijo un día la madre del emperador, la emperatriz viuda, a su hijo. —Mándalo venir. Podría predicar en la catedral.

—No; es preferible que predique en palacio—dijo el emperador, y dió orden de que se invitase al monje Isidoro.

Todos los generales y la corte toda hallábanse reunidos en la capilla de palacio. Un nuevo predicador extraordinario era un gran acontecimiento. Apareció un anciano bajito y flaco, muy blanco. Echó una mirada circular. «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo,» y comenzó. Al principio todo fué bien. Pero al avanzar en su sermón, estropearonse las cosas. Volvióse cada vez más agresivo, como dijo luego la emperatriz. Lanzaba rayos contra todos; hablaba de la pena de muerte, y atribuía al mal gobierno la necesidad de mantenerla. ¿Era posible

que se matasen hombres en un país cristiano?

Todos se miraban, ocupándose únicamente en la inconveniencia de ese sermón y en el enojo que debía de causar al emperador. Mas nadie lo decía. En cuanto Isidoro hubo pronunciado el «Amén», acercósele el Metropolitano y le dijo que fuera a verle. Después de su conversación con el Metropolitano y con el procurador general del Santo Sínodo, el anciano fué enviado inmediatamente al convento, no al suyo, sino al de Susdal, del que era prior el padre Missail.

#### XIV

Todos estaban como si el sermón del padre Isidoro no hubiera tenido nada desagradable, y nadie hablaba de él. Al czar le parecía que las palabras del anciano no dejaron huella alguna en él. Pero, aquel día, recordó dos veces la ejecución de los aldeanos para quienes la señora de Sventizky había pedido gracia por telégrafo. El mismo día hubo revista militar, luego paseo, después la recepción de los ministros; más tarde la cena, y por la noche, función. Como



de ordinario, el emperador se durmió al momento, con la cabeza sobre la almohada. Tuvo por la noche un sueño horroroso: veía alzarse horcas en el campo; en ellas se mecían cadáveres, los cuales sacaban una lengua que iba alargándose más y más. Y alguien gritaba: «¡Esa es obra tuya; es tu obra!»

Despertóse el czar bañado en sudor, y reflexionó. Por primera vez meditó en la responsabilidad que le incumbía, y recordó todas las palabras del anciano.

Pero en sí mismo, no veía al hombre sino de lejos, y no podía ceder a las simples exigencias humanas en medio de las exigencias que de todas partes le imponían como czar. Y no tenía fuerzas para reconocer que los deberes del hombre son más obligatorios que los de czar.

## XV

Después de purgar en la cárcel su última condena, Prokofi, el elegante ambicioso, salió de allí completamente perdido. Antes sobrio, permanecía sentado sin hacer nada; y por más que su padre le injuriaba, él comía el pan, sin trabajar, y además, acechaba la oca-

sión de robar cualquier cosa para irse a beber a la taberna. Estaba sentado, tosía y escupía. El médico a quien fué a consultar, auscultóle, y movió la cabeza.

—A tí te haría falta lo que no tienes, amigo.

—Me lo figuraba; siempre sucede así.

—Toma leche; no fumes.

—Obvia el decir eso; estamos en cuarentena y no tenemos vaca.

Una vez, en primavera, pasó toda una noche sin dormir; sentía cierta angustia y quería beber. En su casa no había nada que poder llevarse. Púsose la gorra, y salió. Fué hasta el presbiterio. El sacristán había dejado la grada afuera, apoyada contra la valla. Prokofi se acercó, cogió el rastrillo, se lo echó a la espalda y encaminóse a casa de Petrovna, que tenía una posada. Quizá le diera ella de beber. Pero antes de que Prokofi tuviese tiempo de desaparecer, salió a la escalinata el sacristán. Ya era de día. Vió a Prokofi, que se llevaba la grada.

—¡Eh! ¡tú! ¿Qué haces?

Salieron gentes. Prokofi fué detenido y pasó once meses en la cárcel. Llegó el otoño. Desgarrábasele todo el pecho y no podía entrar en calor. Los más vigorosos de los que había en el hospital no temblaban; pero Prokofi temblaba



día y noche. El director del hospital ahorra calefacción y no caldeaba el establecimiento hasta noviembre. Prokofi padeció mucho físicamente; pero aún más que su cuerpo padecía el alma. Todo le repugnaba, y odiaba a todo el mundo: al sacristán, al director del hospital porque no calentaba, al vigilante y a su vecino de cama, de labios rojos e hinchados. Odiaba también al nuevo presidiario que acababan de conducir al hospital, y que era Stepan. Este, padecía una erisipela que le atacó a la cabeza, y habíanlo trasladado al hospital y puesto al lado de Prokofi. Al principio, Prokofi le aborrecía; pero no tardó en quererle, y tanto, que sólo esperaba los momentos en que pudiera hablar con él. Y hasta después de su conversación con Stepan, no se calmaba en el corazón de Prokofi, la angustia. Stepan contaba siempre a todos su último crimen y la influencia que en él ejerciera. «No solamente no gritó ella—decía,—sino que exclamaba: «Mata, ten piedad, no de mí, sino de tí mismo...»

—Indudablemente, es terrible perder un alma. Una vez me encargué de matar un cordero, y estaba yo fuera de mí. ¡Y por qué me han perdido, los malditos! No he hecho daño alguno a nadie.

—Pues bien, eso se te tendrá en cuenta.

—¿Dónde?

—¿Cómo dónde? ¿Y Dios?

—No se le vé a menudo. Y yo, hermano, no creo. Opino que, una vez muerto, crecerá la hierba, y nada más.

—¿Cómo puedes pensar así? Yo he perdido muchas almas; en tanto que ella, la santa, no hacía más que socorrer al prójimo. ¡Y crees tú que mi suerte será igual a la suya? No.

—¿Luego crees que cuando uno muere, queda el alma?

—Seguramente.

Prokofi padecía mucho al morir; se ahogaba continuamente. Pero, en sus últimos momentos, sintióse aliviado de pronto. Llamó a Stepan.

—Bueno, hermano, adiós. No cabe duda de que se acerca la muerte. Ya ves; antes temía, y ahora, nada temo. Sólo deseo que venga más de prisa.

Y Prokofi murió en el hospital.

## XVI

Los negocios de Eugenio Mikhailovitch iban de mal en peor. La tienda estaba hipotecada. El comercio estaba parado: habían abierto otro almacén en la ciudad. Tenía que pagar los inte-



reses y tuvo que pedir otra vez prestado y pagar de nuevo. Finalmente, el almacén y todas sus mercancías iban a ser vendidos. Eugenio Mikhailovitch y su mujer llamaron a todas las puertas a fin de encontrar los 400 rublos necesarios para salir del apuro, pero nada lograron. Fundaban alguna esperanza en el comerciante Krasnopouzoff, a cuya querida conocía la mujer de Eugenio Mikhailovitch; pero toda la población sabía ya que a Krasnopouzoff le habían robado una cantidad importante. Hablábale de medio millón.

—¿Y quién le ha robado?—decía la mujer de Eugenio Mikhailovitch.—Vassili, nuestro antiguo portero. Dicen que tira ese dinero, y que tiene comprada a la policía.

—Siempre ha sido un pillo—objetaba Eugenio Mikhailovitch.—¡Con qué facilidad juraba en falso! A mí me extrañaba.

—Dicen que ha entrado en nuestro patio. Según la cocinera, fué ayer. Ésta cuenta que Vassili ha casado a catorce mozas pobres.

—Todo eso se inventa.

En el mismo instante, entró en la tienda un transeunte, vestido de un modo raro.

—¿Qué se te ofrece?

—He aquí una carta.

—¿De quién?

—Ya se dice dentro de ella.

—¿Necesita respuesta? Espera...

—Imposible.

El hombre extraño marchóse velozmente, después de haber entregado el sobre.

—¡Qué raro!...

Eugenio Mikhailovitch abrió el sobre y no daba crédito a sus ojos. ¡Billetes de cien rublos!... Había cuatro. ¿Qué significaba aquello? Leyó la carta, llena de faltas de ortografía: «El Evangelio dice: Haz el bien por el mal. Usted me hizo mucho mal con el cupón, y yo hice mucho mal al campesino. Pero ahora me apiado de tí. Ten esos cuatro billetes de cien rublos, y acuérdate de tu portero, Vassili.»

—¡Esto es extraordinario!—decía para sí Eugenio Mikhailovitch.

Y cuando lo recordaba o hablaba de ello a su mujer, asomaban lágrimas a sus ojos y llenábasele de alegría el alma.

## XVII

En el calabozo del convento de Susdal, había detenidos catorce eclesiásticos, y casi todos, por haber renunciado



a la ortodoxia. Allí es donde enviaron también a Isidoro. Según la indicación de los documentos, recibió el padre Missail a Isidoro, y, sin hablar con él, ordenó que lo encerrasen en una celda, como criminal importante. Hacía ya dos semanas que estaba preso el padre Isidoro, cuando el padre Missail visitó a los prisioneros. Entró en la celda de Isidoro y preguntóle si necesitaba algo.

—Muchas cosas necesito—respondió; —pero no puedo decírtelo ante testigos. Dame ocasión de hablarte a solas.

Cruzáronse sus miradas y Missail comprendió que nada tenía que temer, y ordenó que condujeran a Isidoro a su celda. Una vez solos, le dijo:

—Habla, pues...

Postróse Isidoro de rodillas y dijo:

—¿Qué estás haciendo, hermano? Apiádate de ti mismo. No hay criminal peor que tú. Has pisoteado todo lo que es sagrado...

Al cabo de un mes, Missail mandaba una instancia solicitando que se libertase como arrepentidos a Isidoro y a todos los demás, y pidiendo que, a su vez, le enviasen a él a otro convento, para descansar.

## XVIII

Diez años han transcurrido. Mitia Smokovnikoff ha terminado sus estudios en la escuela técnica, y ahora es ingeniero en unas minas de oro, en Siberia, con un sueldo magnífico. Tenía que visitar las minas. El director le propuso que, para acompañarle, escogiera al forzado Stepan Pelaguschkine.

—¿Cómo? ¿Un forzado? ¿No habrá peligro?

—Con ese, no hay peligro. Es un santo. Pregúnteselo a cualquiera.

—Pero ¿por qué lo han enviado aquí? El director se sonrió.

—Ha matado seis personas. Pero es un santo. Yo respondo de él.

Mitia Smokovnikoff aceptó, pues, a Stepan, calvo, delgado, curtido, y marchó con él.

Por el camino, Stepan cuidaba a todos, especialmente a Smokovnikoff. Le contó toda su historia, cómo vivía ahora y por qué.

Y, cosa rara, Mitia Smokovnikoff que, hasta entonces, había vivido bebiendo, comiendo, y jugando a la baraja, empezó a reflexionar por vez pri-